

dilación de los procesos, y en la adopción del jurado. Sin embargo, podría decirse que todas estas causas reconocen otra más alta y común, que es las doctrinas liberales aplicadas al sistema penal, que dan pésimo resultado en los países de origen latino.

La supresión de la pena de muerte, re-carga las prisiones de ociosos y malévo-los mantenidos por las clases laboriosas de la sociedad. Con esto aumentan las reincidencias de un modo que no tiene ejemplo en la historia, porque en los países del medio día, con tener cubiertas las primeras necesidades, el hombre puede vivir regularmente sin preocuparse de una libertad enteramente lúrica y sin objeto. En las prisiones de Nápoles, son muy populares unos versitos que comienzan:

Carcere, vita mia, cara, felice;  
Lo starmí entro di te, come mi grace!

Cárcel, mi encanto, mi amada,  
Estar bajo tu abrigo, bien me agrada.

Por cuanto á duración de los procesos, en 1891, de causas mandadas á los tribunales criminales (de asises), 15 duraron un mes; 181 de 1 á 3 meses; 824 de 3 á 6 meses; 138 de 6 meses á un año; 438 de uno á dos años; 124 más de dos años. (1)

¿Qué decir del jury en Italia? que ha dado los mismos pésimos resultados que en nuestra patria; nomás que entre nosotros hemos tenido el buen sentido de abolirlo fuera de la capital; porque nuestras poblaciones no tienen carácter, disposiciones ni instrucción para pronunciar veredictos justos y acertados. Lombroso nos refiere ejemplos edificantes. En Terni el Jurado absolvió á un individuo confeso de haber asesinado á su padre con premeditación, y que había sido ya condenado á muerte por otro homicidio cometido en Parma. En otro jurado se declara al procesado inocente; pero con circunstancias atenuantes &c. &c.

(1) Statistica penale nel 1891.

En cuanto á la instrucción obligatoria, es necesario hacer observar que con la estadística en la mano se puede probar que la instrucción sola no moraliza, sino al contrario, cuando no se la mezcla con la educación, es decir, con los principios de moral sancionados por la religión. Y ha sucedido tanto en Italia como en Francia, que á mayor número por cierto de letrados (que sepan leer y escribir) corresponde de ordinario mayor cantidad de delincuentes, gracias á la instrucción lúrica preconizada por los hombres de la situación actual.

Omitiremos citar aquí los datos relativos á Francia que trae el Dr. Bounat en su obra *La Criminalite en France et en Italie*. Concretémonos á este último punto.

En 1886 la cifra de iletrados en Italia por cierto, era 64, ahora no llega más que á 42; y sin embargo, en esta época la criminalidad ha doblado, por lo cual dice Lombroso (este es positivista): "la instrucción no cambia la naturaleza, sólo cambia el número de los delitos." De 1419 individuos que fueron juzgados por la Corte de apelación de Turín, del año de 1876 á 1880, solamente *analfabeti* eran 559, el resto de 860 sabían leer y escribir.

Para terminar por ahora, el presente artículo, de cuya materia quizá me seguiré ocupando otra vez, pondré la siguiente tabla que trae Mr. Carri:

*Il reato di sangue*, es decir, el homicidio y asesinato ofrece para este país francmasónico, la graduación que sigue:

5	veces más homicidios que en Francia.
4	" " " " Prusia.
9	" " " " Bélgica.
5	" " " " Suiza.
10	" " " " Irlanda.
16	" " " " Inglaterra.
14	" " " " Dinamarca.

El guarismo de homicidios y asesinatos durante cuarenta años en Italia, pasa de 80,000,

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga -D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 8 DE 1895.

NUM. 17.

## SECCION I.

### Su Santidad Leon XIII y las Iglesias de Oriente.

Su Santidad Leon XIII ha dirigido al Superior general de los Agustinos de la Asunción, Reverendo Padre Pichard, un documento apostólico, relativo á las obras católicas de Oriente y á la unión de las iglesias.

Hélo aquí:

"A nuestro querido hijo Francisco Pichard, superior de los religiosos Agustinos de la Asunción.

León XIII Papa.

Querido hijo, salud y bendición Apostólica.

En medio de los esfuerzos que Nos hacemos bajo los auspicios y con la gracia de Dios para que las Naciones orientales se releven en su antigua dignidad en el seno de la Iglesia católica, Nos es grato pensar en el celo de las Ordenes religiosas que desde hace largo tiempo se emplean tan activa y útilmente respecto al mismo objeto. Una justa parte de alabanza corresponde entre las que se tributan, á la Congregación de que sois digno superior. Conocemos, en efecto, los múltiples tra-

bajos que habeis emprendido en estas regiones y que se han hecho tanto más fructuosas cuanto que están marcadas del mejor celo de la gloria de Dios y de una mayor fraternal caridad con relacion á los disidentes.

Además, Nos estimamos que no podemos daros un testimonio ni más grato ni más deseable para vosotros de Nuestra satisfacción que de prestar atención á vuestro celo y á vuestros trabajos para el bien de los orientales. Y esto Nos es tanto más grato, cuanto que Nos proponemos, sobre todo, obrar de suerte que la antigua disciplina ritual subsista entre ellos, y además, que es de una gran importancia para el objeto que Nos perseguimos, que la educación de la juventud sea entre ellos buena y conveniente. A este efecto, Nos hemos resuelto el engrandecimiento, mediante nuevas construcciones, del establecimiento que poséis en Constantinopla, en Stambulof y en Kadi-Keni, donde estuvo Caledonia, de manera que esos lugares sean convenientemente apropiados, tanto para el culto divino como para la enseñanza.

Para la ejecucion de este proyecto, observad esta doble regla: una, que en dichos establecimientos, además de la administración espiritual de los latinos que Nos queremos os sean confiados, ejerzáis también la de los griegos, y que organicéis separadamente con la decencia y solemnidad convenientes las ceremonias públicas

una sola gota de su sangre ó un solo suspiro de su pecho, os responderá que el amor: "Quod sufficiebat redemptioni, non sufficiebat amori," dice San Bernardo.

Si le preguntais quiénes son esos séres queridos por quienes hace tantas finezas, os responderá: que son todos los hombres, y cada uno de vosotros en particular. "Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me." Me amó, exclama admirado el Apóstol San Pablo, y se entregó á la muerte por mí. ¡Oh cuanta generosidad, cuanta ternura!

Sin embargo, estamos apenas en los umbrales de la generosidad del amor de Jesucristo. Si quereis penetrar en su interior y conocerla en toda su magnificencia, escuchad las últimas palabras que pronuncia en la Cruz. En ese lecho sangriento que le ha preparado su ardiente caridad, forma Jesucristo el testamento solemne de su sangre, y reparte generosamente sus riquezas á la humanidad agrupada ante la Cruz. No temais el escucharlo: la cima del Calvario no está cruzada por relámpagos y truenos como la del monte Siná; es la mansion sagrada del amor y todo nos invita al recogimiento. Los ángeles interrumpen en el cielo sus cánticos de gloria, y tristes y en silencio se colocan al rededor de Jesucristo.

El Espíritu Santo desciende sobre su corazón como un fuego inextinguible y envuelve el estandarte de la redención con la fragancia del amor. El Eterno Padre recoge su espíritu para escuchar los últimos suspiros de su amado Hijo, y la Sma. Virgen y el Discípulo amado están al pié de la Cruz como testigos de ese acto tan solemne. En medio de este grandioso aparato abre Jesucristo sus labios moribundos, y comienza á formular las cláusulas de su testamento que son la expresión más patética de los últimos latidos del corazón amoroso.

Dirige en primer lugar sus dulces miradas á sus crueles verdugos, y en su persona á los pecadores de todos los tiempos

y de todos los lugares. A éstos les deja los tesoros del perdón, exclamando á su Eterno Padre: "Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt." "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen." A este primer latido del corazón de Jesucristo se rompen las cataratas del cielo, y caen sin cesar sobre los pecadores torrentes de luces celestiales y de santas inspiraciones que los preparan para la conversión.

Mira á su lado al ladrón arrepentido y en su persona á todas las almas que han sabido aprovecharse de las gracias. A éstas les concede la entrada á la celestial Jerusalem, clamando desde la Cruz. "Hodie mecum eris in Paradiso." Hoy estarás conmigo en el Paraíso. Apenas se escucha este segundo latido del corazón de Jesucristo cuando se derrumban los muros con que había obstruido el pecado las puertas del cielo, y vuelven á aparecer en este valle de lágrimas sus hermosos y florecientes resplandores.

Contempla en seguida al discípulo amado y en su persona á la humanidad vagando por este mundo, sin consuelo y expuesta á innumerables peligros. Se estremece su corazón divino, y mirando al pié de la Cruz á la Santísima Virgen se le da por Madre para que se le acoja bajo su amoroso manto, diciéndole: *Mulier ecce filius tuus.* Mujer hé aquí á tu hijo. Al resonar estas palabras en el pecho de la Santísima Virgen, siente que se le infunden todas las ternuras de su santísimo Hijo para con los hombres, y desde esos momentos vela sin cesar á nuestro lado como la más amante de las madres, y nos prodiga sus cuidados como á las niñas de sus ojos.

(Concluid.)

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

Tip. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 22 DE 1895.

NUM. 18.

## SECCION I.

### S. C. de la Inquisicion.

DE LA CREMACION DE LOS CUERPOS.

Beatissime Pater.

Archiepiscopus Friburgensis, ad pedes S. V. provolutus, humillime petit sequentium dubiorum resolutionem:

I. Utrum liceat sacramenta morientium ministrare fidelibus qui Massonicæ quidem sectæ non adhærent, nec ejus ducti principiis, sed aliis rationibus moti, corpora sua post mortem cremanda mandarunt, si hoc mandatum retractare nolint?

II. Utrum liceat pro fidelibus, quorum corpora non sine ipsorum culpa cremata sunt, missæ sacrificium publice offerre vel etiam privatim applicare, itemque fundationes ad hunc finem acceptare?

III. Utrum liceat cadaverum cremationi cooperari, sive mandato ac consilio, sive præstita opera, ut medicis, officialibus, operariis in crematorio inservientibus? et utrum hoc liceat saltem si fiat in quadam necessitate, ad evitandum magnum damnum?

IV. Utrum liceat taliter cooperantibus ministrare sacramenta, si ab hac coo-

peratione desistere nolunt, aut desistere non posse affirmant?

— Feria IV die 27 Julii 1892. In Congregatione generali S. Rom. et Universalis. Inquisitionis, propositis suprascriptis dubiis, præhabitoque Rmorum DD. Consultorum voto, Emi ac Rmi Dni Cardinales in rebus fidei et morum Generales Inquisitores respondendum mandarunt:

Ad I. *Si moniti renuant, negative. Ut vero fiat aut omittatur monitio, serventur regulæ a probatis auctoribus traditæ, habita præsertim ratione scandali vitandi.*

Ad II. *Circa publicam S. Missæ applicationem, negative; circa privatam, affirmative.*

Ad III. *Nunquam licere formaliter cooperari mandato vel consilio. Tolerari autem aliquando posse materialem cooperationem, dummodo: 1.º crematio non habeatur pro signo protestativo massonicæ sectæ; 2.º non aliquid in ipsa contineatur quod per se directe atque unice exprimat reprobationem catholicæ doctrinæ et approbationem sectæ; 3.º neque constet officiales et operarios catholicos ad opus adstringi vel vocari in contemptum catholicæ religionis. Cæterum, quamvis in hisce casibus relinquendi sunt in bona fide, semper tamen monendi sunt ne cremationi cooperari intendant.*

Ad IV. *Provisum in præcedenti. Et detur decretum Ferie IV 15 decembris*

de ambos cultos; la otra, que proveáis á la utilidad y formacion de jovenes, no solamente por la cultura de su espíritu y uso de las literaturas ordinarias, sino tambien con la enseñanza de la lengua griega y de la historia de su patria. En cuanto á aquellos cuyas disposiciones y cuyo carácter ofrecieran felices esperanzas con relacion á su santo ministerio, deberán ser objeto de nuestras más diligentes solicitudes, al efecto de ser más diligentemente formados en la piedad y en la ciencia y en el uso de sus ritos, pues el medio más eficaz para obtener el fin que Nos proseguimos, es la formacion conveniente de un clero indigena.

Ya Nos hemos provisto de nuestra parte á todo lo que fué legalmente restablecido y sancionado.

Si trabajais con este espíritu, con esta buena voluntad, Dios, sin ninguna duda, favorecerá más abundantemente nuestros trabajos”

### SECCION III.—VARIEDADES.

#### SERMON

Predicado por el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa Dr. D. Ramon Ibarra y Gonzalez en el templo de San Francisco, de Mexico, el día 21 de Junio de 1895.

Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.

B. Pauli.

Me amò y se entregó á la muerte por mí.—  
Ep. á los Galatas, v. 20.

Ilmos. y Rmos, Señores: (1)

Que espectáculo tan grandioso y conmovedor presenta el día de hoy este sagrado

[1] Los Ilmos. Sres. Arzobispos de México y Oaxaca y Obispo de Cuernavaca.

recinto. Sus muros seculares que ha respetado la mano destructora del tiempo, se ven engalanados con preciosos atavíos: Bajo sus bóvedas se escucha la dulce voz de la Iglesia que pidiendo á la música sus melodiosos acentos entona al Señor himnos de bendición y de alabanza. Se percibe el aroma del altar destinado al incruento sacrificio, y vuestra presencia, oh Ilmo. Sr., y la de toda esta selecta y numerosa concurrencia, viene á dar á la presente solemnidad un realce extraordinario

¿Pero qué significa todo esto?

¡Ah es que Nuestro Adorable Salvador, movido por la ardiente caridad que profesa á la Iglesia, acaba de concedernos un beneficio singular. Este templo, señores, tan sublime y majestuoso que contempláis, en donde la arquitectura parece que ha querido inmortalizarse, dejándonos en su conjunto un destello purísimo de sus más hermosas concepciones, fué un tiempo mansión sagrada de nuestros padres en la fé.

Aquí estuvieron aquellos benéritos Religiosos que evangelizaron á nuestra Patria. Ellos levantaron este suntuoso Templo para poder estar más cerca de la población indígena y consagrarse exclusivamente á su instruccion y paternal cuidado. Fué por lo mismo como la cuna de Nuestra Fé, la cuna de la civilización.

¡Oh! qué hermosos recuerdos evoca este pensamiento. Me parece oír dentro de estos muros los profundos suspiros que exhalan los humildes hijos del Patriarca de Asís cuando á semejanza del Profeta Isaias pedían ardientemente al cielo que lloviese sobre estas regiones al Justo y acelerase su reinado. Me parece percibir la delicada fragancia del sacrificio del Altar que llenos de fervor y devoción ofrecían diariamente aquí por la pronta conversión de los idólatras. Parécenos escuchar en esta misma Cátedra sagrada sus sencillas predicaciones con que esparcían abundantemente en esta tierra bendita las semillas de la fé para trasportarlas más tarde en un campo oloroso cubierto de rica mies.

Paréceme finalmente ver en este sagrado recinto la inmensa muchedumbre de indígenas que atraídos por la vida ejemplar de aquellos santos Misioneros y por sus amorosas enseñanzas, venían á renunciar al pié de estos altares la idolatría y á desposarse eternamente con Jesucristo, con los vínculos de la fé y del amor.

Si, en este templo, señores, se verificaron escenas conmovedoras y de aquí brotaron para toda nuestra Patria torrentes de gracia que llevan en sus ondas purísimas los gérmenes de la fé y de la civilización.

No es extraño por lo tanto que un monumento consagrado con tan hermosos recuerdos y de tanta importancia en los anales de nuestra fé, provocase las iras del infierno,

En la terrible tempestad que se desató en nuestra Patria sembrando por todas partes el terror y llevando en sus olas tumultuosas lo más florido de la Religión, una de sus víctimas como bien lo sabéis, fué este augusto templo. De esta mansión del Señor y santuario de la verdad, pasó á ser cátedra del error y foco de ese odio implacable que la herejía profesa á la Iglesia. Pero felizmente Jesucristo apiadado sin duda por las oraciones que le dirigian en el cielo aquellos santos Misioneros que veían con horror tan grande profanación, determinó que ésta cesase, y desplegando suave y eficazmente su providencia adorable, nos haya concedido al fin que este Santuario volviese de nuevo al regazo de la Iglesia y que se le dedicase solemnemente el día de hoy, consagrado á su Purísimo Corazón.

¡Oh día verdaderamente dichoso! ¿Qué hacimiento de gracia podremos ofrecer á Jesucristo que sea digno del favor tan especial que acaba de dispensarnos?

Ya os veo. Ilmo. Sr., que lleno del más profundo reconocimiento os preparais á ofrecerle el cáliz de la salud que deseaba ardientemente tomar el real Profeta para ensalzar las glorias del Altísimo. Os veo también á todos vosotros que impulsados por la misma gratitud escogéis en vuestra

alma las flores más delicadas para presentárselas á Jesucristo. Pero yo que soy en estos momentos el intérprete de la Iglesia, qué cosa podré deciros que satisfaga vuestros deseos y sirva á la vez para vuestro aprovechamiento espiritual?

Me parece oír una voz que sale del fondo del Corazón de Jesucristo y me dice: “el mejor obsequio que se me puede ofrecer en este día por el beneficio que acabo de dispensaros, es que precuréis corresponder á mi amor, y para esto quiero que todos fijen sus miradas en las llamas de ardiente caridad que abrasan y consumen mi corazón por el hombre. Tengo sed de esto y hé aquí lo que necesita de preferencia la generación actual.”

Y en efecto, señores, el mundo vive olvidado de Dios y de Jesucristo. No parece sino que estamos en aquellos tiempos de que habla el Apostol San Pablo en que la Cruz del Salvador era para unos motivo de escándalo y para otros una locura. Arrastrados los hombres en su mayor parte por la corriente de los placeres, no piensan más que en satisfacerlos; y si hay almas que se ocupen de Dios y deseen servirlo, no caminan, sin embargo, con paso firme y resuelto por el sendero de la virtud. Les falta aquella intrepidez y generosidad que forma á los santos. Y esto depende principalmente de que poco meditan en las riquezas del amor de Nuestro Divino Maestro. ¡Oh, si las tuviesen siempre presentes, si se penetrasen de sus finezas, volarían por el camino de la perfección cristiana y cifrarían sus delicias en Jesucristo y Jesucristo crucificado.

Por lo tanto, señores, permitidme que en un día tan solemne como el presente en que estamos palpando los admirables efectos de la caridad de Nuestro Señor, para cumplir de algún modo la honrosa misión que se me ha encomendado, remonte mi pensamiento hasta el fondo de su corazón divino, y contando con vuestra piadosa y benévola atención, os demuestre brevemente: que siendo el Corazón Santísimo de Jesús asiento del amor más puro y generoso para con el hombre,

es digno de que lo amemos y nos inmoemos por El con toda la energía de nuestra alma. Tal será, en breves palabras el asunto de mi discurso.

Mas para desarrollarlo como conviene, me pongo, ¡oh Virgen excelsa! para hacerlo bajo vuestra protección soberana.

Tú escogiste como mansión lo más íntimo delicado del Corazón de tu Divino Hijo, ilumíname con un rayo de esa claridad que te comunicó Jesucristo en ese huerto amenísimo. Inspirarme una gota siquiera de la celestial unción que bebiste al bordo de esa fuente perenne de todas las gracias. Este favor te lo pedimos, oh dulcísima Señora, saludándote reverentemente con las palabras del Angel, "Ave María."

Dilexit me et tradidit  
semetipsum pro me.  
Ad Galatas v-20.

I.

Al considerar, señores, el plan admirable que ha seguido Dios para dar á conocer al mundo á su Unigénito Hijo, no podemos menos de confesar que Jesucristo debe ser para la humanidad el objeto principal de sus conocimientos y el centro cardinal de sus aspiraciones.

Cuarenta siglos empleó el Señor en preparar al mundo para recibirlo. En el Paraíso terrenal anunció por vez primera la promesa del futuro Redentor que trasmitiéndose de generación en generación al través de las edades, fué siguiendo al hombre como un Iris consolador en donde quiera que estableció su morada. Si lo buscamos en medio de las espesas sombras del paganismo, lo hallaremos allí suspirando por el Mesías prometido. En la China, Cochinchina, Tonkin y hasta en el Japón, se anunciaba su venida como la del Santo por excelencia que sin discurrir inspiraría la fé. En la India se le esperaba como al Doctor Universal que ofrecería al mismo tiempo un sacrificio para hacer reinar la justicia por

todas partes. La Caldea se adelantaba á anunciar su nacimiento de una Virgen sin mancilla y esperaba ser conducida á su cuna por una estrella. En la Galia, en el fondo mismo de las florestas druidicas, se levantaban templos á la Virgen que lo daría á luz, y la soberbia Roma que se enorgullecía de avasallar al mundo, tenía también fijadas sus inquietas miradas sobre la Judea, que como dice Voltaire, era el polo de la esperanza de todas las naciones.

Pero de un modo especial aparecen estos preparativos en el pueblo judío. A una señal de Dios se levanta una grande multitud de profetas de diversas condiciones y en diversas edades, encargados de trazar con el fuego santo de la inspiración la grandiosa fisonomía de Jesucristo. Adán en las puertas del paraíso terrenal, Abraham, Isaac y Jacob bajo la tienda de los patriarcas; Moisés en el Desierto; David sobre el trono; Daniel en el destierro; Jeremías sobre las ruinas de Jerusalém; Ezequiel Baruc y Amós en medio de las naciones idólatras; Malaquías en presencia de los obreros del Templo, todos fijan sus miradas en el Deseado de las naciones, consagran sus cánticos y trazan con tal delicadeza, su admirable fisonomía que en el grandioso cuadro que nos han dejado no falta ni el más mínimo destello de su gloria ni el más pequeño detalle de sus sufrimientos y humillaciones. Todo esto, señores, tendía á inspirar en la humanidad el concepto más encumbrado de Jesucristo y á prepararla para rendirle los homenajes más fervientes de sumisión y de amor.

Llega finalmente la plenitud de los tiempos. Cúmplense los votos del profeta Isaías. Las nubes formadas por el aliento purísimo del Espíritu Santo llueven al Justo; se abre la tierra y germina al Salvador.

Acerquémonos señores, á contemplarle. Al través de su humanidad Santísima se descubren los fulgores de la Divinidad unida hipostáticamente á ella; y así como el sol al esconderse detrás de una nube

la ilumina y embellece con delicados matices, de la misma manera la Divinidad hacia reflejar en el exterior de Jesucristo los destellos purísimos de sus infinitas perfecciones. ¡Oh, cuán hermoso aparece Nuestro Adorable Salvador! ¿No véis la belleza de su rostro? Los ángeles, dice el Apóstol San Pedro, se recrean en contemplarle. ¿No escucháis la dulzura de su voz? Parece, dice la esposa del Cantar de los Cantares, que tiene bajo la lengua un panal de rica miel. ¿No sentís la unción de sus palabras? En sus labios, exclama el Real Profeta, se ha derramado una gracia incomparable. ¿No os asombra la alteza de su sabiduría? En él se encierran, dice el Espíritu Santo, todos los tesoros de la ciencia de Dios. ¿No admiráis la pujanza de su brazo? Se le ha dado, dice San Mateo, todo poder en los cielos y en la tierra. ¿No os embelesa la fragancia de sus virtudes? Es, dice el Apóstol San Pablo, el Pontífice santo é inmaculado, segregado de los pecadores y hecho más excelso que los cielos. Sí, todo es admirable en Jesucristo; todo nos descubre su divinidad.

Pero en medio de estos fulgores que tanto realzan su sagrada persona, hay uno, señores, que vence á todos los demás y que refleja, por decirlo así, la fisonomía propia de Jesucristo: esto es, el amor. Dentro de su pecho Santísimo palpita fuertemente su corazón á impulsos de este fuego divino, y no pudiendo contener la vehemencia de sus afectos, clama á los hombres con una voz que llena de admiración á los cielos: Venid, venid, les dice, á contemplar el Corazón que tanto os ama. La humanidad caída necesitaba para regenerarse un Corazón que tuviese la sensibilidad de todas las madres para no poder ver una lágrima sin despedazarse de ternura: un Corazón que tuviese el candor y pureza de los lirios y que no obstante no pudiese ver á un pecador, á un miserable sin conmoverse: un Corazón que sintiese todas las impaciencias y santas inquietudes del amor y supiese, sin embargo, esperar y se conside-

rarse dichoso si despues de veinte ó treinta años de dulce calma llegase á salvar un desgraciado: necesitaba un Corazón á quien nada pudiese contener, ni las indiferencias ni las ingratitudes ni las traiciones y que abandonado, despreciado y ultrajado por aquellos á quienes dispensase mayor predilección, no experimentase otra necesidad que la de amarlos más. Necesitaba, en fin, un Corazón que despues de haberlo dado todo, gimiese por no poder dar otra cosa y suspirase por seguir amando é inventase maravillosas industrias para amar siempre, en todos los tiempos, en todos los lugares, á todos los hombres y hasta el fin del mundo.

Pues bien, este Corazón aquí lo tenéis, es el mío, dice Jesús. Penetrad en su interior y contemplad sus finezas para con el hombre.

¡Oh Corazón adorable de mi Jesús! ¿Quién será capaz de comprender vuestros favores, quién podrá explicar vuestras bondades! Los más encumbrados Serafines quedan absortos ante los destellos de vuestra ardiente caridad.

Sin embargo, Señores, hagamos un esfuerzo por conocer las riquezas de su amor. Jesucristo, acomodándose á nuestra pobre inteligencia, nos ha facilitado el camino con la hermosa revelación que hizo á la Beata Margarita María Alacoque. Se hallaba esta vírgen llorando una vez en su pobre morada de Paray-Lemoniale las ingratitudes que recibía su celestial esposo, cuando he aquí que repentinamente se le aparece Jesucristo y descubriéndole su pecho santísimo, le muestra su corazón envuelto en vivísimas llamas y adornado con tres emblemas misteriosos: una lanzada, una cruz y una corona de espinas; y al mismo tiempo oye una voz que le dice: mira, hija mía, el corazón que tanto ama á los hombres y que no ha perdonado sacrificio alguno para dar las pruebas más grandes de su cariño.

Ahora bien, con esos símbolos admirables me parece que el Señor ha querido significarnos las dos hermosas cualidades

que distinguen su amor para con el hombre, á saber, la pureza y la generosidad: la primera, representada en las llamas, y la segunda en su lanzada, cruz y corona; y si bien es cierto que tuvo estas dos cualidades en todo tiempo, dejó sin embargo que brillasen de un modo especial y con toda su magnificencia en los tres últimos años que estuvo en este mundo.

Apenas deja en efecto el silencioso retiro de Nazaret, cuando desde las altas montañas de la Judea dirige á todos los que sufren esta amorosa invitación: Venid á mí todos los que estáis atribulados y cargados con el peso de vuestras miserias, yo os aliviaré y encontraréis el reposo para vuestras almas. Una alegría indecible se despertó en el corazón de todos los desgraciados: oyeron el dulce silbido del amor, y atraídos por su fuerza irresistible se arrojaron en los brazos de Jesucristo. ¡Qué cuadros tan patéticos se nos presentan! Ahora son los pobres que piden una limosna al que viste con tanta gracia á los lirios de los campos y sustenta á los pajarillos del cielo; y no obstante de que no posee nada, pues que se ha abrazado con la pobreza en el grado más heroico, les reparte con alegría lo poco que la caridad le da para su sustento y el de sus discípulos; repitiendo frecuentemente esta preciosa máxima: "Que es mejor dar que recibir." Ahora son los enfermos que angustiados por sus dolores lo importunan por todas partes implorando el remedio de sus males. A sus súplicas contesta el amante corazón de Jesús concediéndoles inmediatamente la salud y esto lo hace por donde quiera que pasa y con toda clase de personas cifrando sus delicias en rodear su sagrado ministerio con el perfume de esta obra de caridad. Ahora son los niños que atraídos por sus dulces miradas y su cariño paternal, se arrojan con infantil sencillez en su dulce regazo. Jesucristo los acoge benignamente, los estrecha sobre su pecho para que oigan los latidos de su corazón que tanto los ama, ensalza el va-

lor de su inocencia ante sus discípulos y los despide con su santa bendición.

Finalmente siguen á Jesucristo los pobres pecadores que sienten en su alma el punzante aguijón de la conciencia; para ellos reserva Nuestro Señor las ternuras más delicadas de su corazón santísimo. Sus miserias arrancan de sus ojos lágrimas celestiales, y de su pecho profundos suspiros. Le hacen olvidar el cansancio del camino, el hambre y la sed; lo impulsan á esperar benignamente en el pozo de Jacob á la infeliz Samaritana; hospedarse en la casa de Zaqueo, y dejarse lavar los pies con lágrimas de la Magdalena, y como buen Pastor, anda por los montes y collados llamando á las ovejitas perdidas y animándolas á volver á su amado redil con estas dulces palabras: No he venido á buscar á los justos sino á los pecadores.

Parecería que esto fuera bastante para satisfacer el amor de Jesucristo, pero no; su Corazón santísimo no se contentaba con esos beneficios transitorios; quería hacer participante de ellos á toda la humanidad, hasta la consumación de los siglos.

Para esto le abre, señores, los tesoros de la caridad cristiana de la manera más admirable. Comienza por quitar á las miserias el aspecto repugnante que presentan á los ojos de la soberbia, santificándolas en su sagrada persona, pues quiso participar de todas ellas, con excepción del pecado. Sube después á la Santa montaña y en medio del arrobamiento de los ángeles, transforma á las mismas miserias en fuentes riquísimas de la más grande felicidad, llamando "Bienaventurados" á todos los que las sufren con resignación. Proclama en seguida el gran precepto del amor del prójimo, vinculando á su observancia todos los tesoros de la misericordia de Dios, y lo presenta como el carácter distintivo de sus verdaderos discípulos. Y á fin de quitar al orgullo todo pretexto para impedir las santas expansiones del amor en favor de los miserables, se sustituye Jesucristo en

cada uno de ellos, considerando hechas á su sagrada persona las obras de caridad que se les dispensasen. ¡Oh amor verdaderamente admirable! Quién hubiera podido imaginar tantas finezas!

Desde entonces se verificó en el mundo un cambio radical. Esa humanidad doliente cubierta de asquerosa lepra que veía con tanto desprecio la filosofía pagana, al grado de que en Roma se relegaban á los pobres enfermos á la Isla del Tiber, para evitarse, como dice Suctonio, el cuidado y el fastidio de curarlos, se transformó en la humanidad santísima de Jesucristo. Los pies sucios y asquerosos del pobre, son los bellos pies del Salvador; sus toscas manos, las manos sacrosantas de Jesucristo: sus llagas repugnantes son la continuación de las llagas amorosas de Nuestro Divino Maestro. Por esto no me admiro de que atraídas por esa transformación celestial se postren á los pies del pobre, imprimiéndoles amorosos ósculos de ternura, esclarecidas matronas é ilustres monarcas, como un Constantino, un Carlo Magno, un San Luis Rey de Francia, y que la flor de las Vírgenes tomando el modesto traje de las "Hermanas de la Caridad" vuelen como Angeles del cielo por doquiera que hay lágrimas que enjugar, y con toda la ternura de su alma, dulcificuen las penas de los enfermos en los hospitales, curen á los heridos en los campos de batalla y recojan bajo su amoroso manto á los ancianos decrepitos y á los inocentes niños.

No me admiro tampoco de que las almas justas, embriagadas con el suave perfume que han dejado en las miserias las bendiciones de Jesucristo, se abracen voluntariamente con ellas y exclamen en el exceso de su júbilo con Santa Teresa de Jesús: "O padecer ó morir." En virtud de esa misma transformación no me asombro tampoco de que el fuego de la caridad se encienda por todas partes y que abrasando con sus llamas las populosas ciudades y las humildes cabañas, haga nacer de las censuras del egoísmo, monu-

mentos innumerables de beneficencia en donde encuentran alivio todas las miserias del prójimo. ¡Oh, cuán fecundo es el amor de Jesucristo, cuánto le debe la humanidad! Esto sólo sería bastante para que agradecida se postrase á sus pies y bañándolos con lágrimas de ternura bendijese á su Corazón divino por ser el asiento del amor más puro para con el hombre.

Mas si tanta grandeza se encuentra en la pureza de este amor, su generosidad, señores, traspasa los límites de nuestra pobre razón y confunde á los espíritus celestiales.

Gran cosa fué por cierto, que Jesucristo como amoroso Padre descendiese á este valle de lágrimas, enjugase nuestro llanto, bendijese nuestras miserias y nos preparase por todas partes el bálsamo del consuelo, pero que quisiese además curar nuestras almas tomando sobre sí nuestros pecados, y se ofreciese á su Eterno Padre como víctima de expiación, para sufrir todo el castigo que ellos merecían ¡oh! esto es incomprendible y sólo la generosidad del amor de un Hombre-Dios podría llegar á tal exceso.

Sin embargo, mirad al Calvario. En su cima aparece la Cruz de la Redención. Ese patíbulo que ántes atraía sobre sí los anatemas de la humanidad, se vé ahora consagrado con los resplandores más vivos del amor. Allí está clavado Jesucristo y desde esa Cruz sacrosanta nos invita á contemplar la generosidad de su corazón.

Oh almas cristianas, quien quiera que seáis, acercaos, mirad en ese santoadero á vuestro adorable Redentor.

Si le preguntais quién lo ha conducido á ese suplicio, os responderá que el amor: "Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem." Habiéndosele propuesto, dice San Pablo, como medio para redimir al mundo el camino del gozo y de la gloria, escogió el de la cruz.

Si le preguntais quién lo movió á sufrir tantos tormentos y humillaciones, cuando para redimirnos habría bastado